



## LA NECESARIA CONVERSIÓN

Estamos cerca de la luz, pero llevamos “tierra en los ojos”. El alma está “tan metida en cosas del mundo y tan empapada en la hacienda u honra o negocios... Y conviene mucho, para haber de entrar a las segundas moradas, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado” (1M 2,14).

Es necesaria la conversión; la libertad y la interioridad no se conquistan de una vez para siempre. “Es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardidés y que no nos engañe, hecho ángel de luz; que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño entrando poco a poco, y hasta haberle hecho no le entendemos” (1M 2,15). No todos los deseos que sentimos, aunque estén disfrazados de espiritualidad, son experiencia de Dios. Ojo con los celos indiscretos. “Que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen... y aun a las veces podría ser no ver las suyas por el gran celo que tiene de la religión” (1M 2,16). “Lo que aquí pretende el demonio no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo... Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño. Cada una se mire a sí” (1M 2,17).

Como nos vemos, oramos. Como vemos a los demás, así oramos. “Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfección, sino, como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz y aun inquietar la de las otras: mirad si costaría caro la perfección” (1M 2,18). No ver otra cosa que ruina, anunciar calamidades, colocarse en la atalaya para condenar a los demás, murmurar defectos de los otros... es hacerle un flaco favor al Dios, que solo sabe amar. Los profetas de calamidades frenan la marcha de la historia. La oración crece en ambientes de paz y no de inquietud ni de murmuración.

## Las Moradas

F 2

“PONGAMOS LOS OJOS EN CRISTO, NUESTRO BIEN” (1M 2,11)”

### UN LAMENTO EN EL CAMINO

¡Qué pena! Quien ha visto la belleza, ¡cómo le duele la fealdad! Quien ha percibido la hermosura de la gracia, ¡cómo llora el pecado! En la línea de las Lamentaciones 1,8, llora Teresa: “Que consideréis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cae en un pecado mortal: no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más... y de aquí viene que todas las buenas obras que hicieren... son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de Él, no puede ser agradable a sus ojos” (1M 2,1).

Llamar a las cosas por su nombre, sí; pastoral del miedo, no. ¿Por qué? Porque Dios siempre está ahí. Su amor misericordioso de Dios es el hilo conductor de nuestra vida, dora las culpas, cierra sus ojos para no ver la maldad. La gracia es más poderosa que el pecado. “Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura que siempre está dentro de ella, y cosa no puede quitar su hermosura” (1M 2,3). Nunca es tarde para volver a poner los ojos en Él.

¡Alerta! “¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo! ¡Entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? ¡Oh Jesús, qué es ver a un alma apartada de ella (la luz)! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡qué turbados andan los

sentidos... Y las potencias... ¡con qué ceguera, con qué mal gobierno!" (1M 2,4). "Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque, si Él no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad" (1M 2,5).

Dos consecuencias, derivadas de entender esto: "la una, un temor grandísimo de ofenderle... la segunda, un espejo para la humildad, mirando cómo cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente adonde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este sol que da calor a nuestras obras... En haciendo alguna cosa buena o viéndola hacer, acudía a su principio y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedía ir luego a alabar a Dios y, lo más ordinario, no se acordar de sí en cosa buena que hiciese" (1M 2,5). Dios es la fuente de toda santidad.

## DISCERNIENDO LO QUE ES LA VERDADERA HUMILDAD

No le es fácil a Teresa escribir de estas cosas interiores, "por mi rudo ingenio", dice ella. "Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que, cierto algunas veces tomo el papel como una cosa boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar" (1M 2,7). Pero no deja de hacerlo "porque siempre oímos cuán buena es la oración... y no se nos declara más de lo que podemos nosotras; y de cosas que obra el Señor en un alma declárase poco, digo sobrenatural" (1M 2,7). El Señor quiere obrar maravillas.

¿Cómo orar? Los ojos en Jesús, que está en el centro. Nada de encogimientos y apreturas; el camino se ha de andar con alegría y libertad. "Las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y a todas partes de ella se comunica este sol que está en este palacio. Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca o mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas, arriba y abajo y a los lados, pues Dios la dio tan gran dignidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola" (1M 2,8). El propio conocimiento siempre será necesario "que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel" (1M 2,8), pero también será

necesario "salir a volar para traer flores... considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma... que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas a nuestra tierra" (1M 2,8).

Teresa insiste: "Mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad", pero "jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes" (1M 2,9). "Nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando a vueltas de sí con Dios... metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca la corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía: de mirar si me miran, no me miran; si, yendo por este camino, me sucederá mal; si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia; si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración; si me tendrán por mejor si no voy por el camino de todos; que no son buenos los extremos, aunque sea en virtud; que, como soy tan pecadora, será caer de más alto; quizá no iré adelante y haré daño a los buenos; que una como yo no ha menester particularidades" (1M 2,10).

La falsa humildad es hojarasca, la belleza de la fe es raíz profunda. "Pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí dependeremos la verdadera humildad... y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde... Terribles son los ardidés y mañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos" (1M 2,11). "Las que se vieren en este estado han menester acudir a menudo, como pudieren, a Su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora, y a sus Santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados poca fuerza tienen para se defender. A la verdad, en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad nos la dé por su misericordia, amén" (1M 2,12). Las estrategias de la verdad y la mentira se dan cita en nosotros. El Espíritu prepara en nuestra interioridad una respuesta, que tiene la frescura y novedad del Evangelio.